

LEDESMA Y EL CATALANISMO Enric Ucelay-Da Cal

De su experiencia culturalista y política con la Lliga, Giménez Caballero sacó ciertas conclusiones que fue dilucidando con mayor desencanto en los libros que fue publicando entre 1931 y 1933: *Trabalenguas de España*, luego *Azaña* y finalmente sus mayores piezas de ensayismo chocante *La nueva catolicidad* y *Genio de España*. [117] Básicamente, Giménez recuperó el «imperio» soñado del nacionalismo catalán y lo situó en un contexto obviamente relacionado, pero diverso: la elaboración de un nuevo tipo de nacionalismo español.

Gecé tuvo sus jóvenes discípulos, pero todos más temprano o más tarde le abandonaron. La idea «imperial», sin embargo, la pasó a Ramiro Ledesma Ramos, que fue muy brevemente seguidor gimeneciano (estuvo entre los «intelectuales castellanos» invitados a Barcelona), antes de buscar su propio camino político. [178] A su vez, algunos siguieron a Ledesma, como Tomás Borrás, Guillén Salaya y Juan Aparicio en su empresa «imperial». *Ledesma hasta creyó oportuno dirigirse a Cambó para que el político catalán financiara su nueva iniciativa*, un semanario de combate titulado nada menos que *La Conquista del Estado*. En una cita en el hall del madrileño Hotel Ritz, Cambó rechazó la invitación de Ledesma y el exaltado zamorano tuvo que dirigirse a Lequerica y Sangróniz para su hoja. [180] *Una vez más, el grupo cercano a Lequerica recogió lo que se sembraba desde el catalanismo conservador*. Su estado de ánimo tras el desencuentro con Cambó le llevó a un anticatalanismo que se cebó en la flamante situación macianista en Barcelona, soñando con alcanzar, a través del comandante Ramón Franco (entonces diputado de la Esquerra) las masas de la CNT. Tan duro devino su tono que Gecé pronto se dio de baja del núcleo ledesmista, para buscarse la vida por su cuenta.

El 2 de mayo, Ledesma clamó contra la «Alta Traición» catalana, y pidió que se unieran los «¡Hispanos, de frente a Cataluña!», si bien siguió cantando que: «La Cataluña imperial no es la de los ministerios del señor Maciá. La verdadera Cataluña imperial es la española.» [181] El 9 de mayo se apuntó al carro de Ramón Franco en alianza con los grupos anarquistas más insurreccionalistas, en vísperas de la quema de conventos: «Carta al comandante Franco. ¡Hay que hacer la Revolución!»; Ledesma entendía que «La ruta imperial» pasaba por la revolución portuguesa que notoriamente apoyaban Franco, los grupos anarquistas alrededor de Durruti y, más tímidamente, el gobierno provisional de la República. [182]

Hay, pues, que someter a un orden la Península toda sin la excepción de un solo centímetro cuadrado de terreno. Hay que dialogar para ello con los camaradas portugueses, ayudándoles a desasirse de sus compromisos extraibéricos, e instaurar la eficacia de la nueva voz. Portugal y España, España y Portugal, son un único y mismo pueblo, que pasado el período romántico de las independencias nacionales, pueden y deben fundirse en el imperio. Frente a esa Europa degradada, mustia y vieja, el imperio hispánico ha de significar la gran ofensiva: nueva cultura, nuevo orden económico, nueva jerarquía vital.

Así, era imprescindible el acceso de la juventud al poder, hacer la revolución de Franco y Durruti contra Alcalá Zamora, Maura y hasta Azaña. Al mismo tiempo, había que superar «la leve mirada regional». «De ahí —continuaba Ledesma— que cuanto acontezca en relación a Cataluña signifique para nosotros una especie de prueba de nuestra capacidad de imperio. Ni la más mínima concesión puede hoy ser tolerada.» [183]

¿En qué consistía la «idea imperial» de Ledesma? No era un sueño africanista, si bien puede que no desdeñara alguna expansión colonial. Al contrario, *bajo la retórica exaltada se encontraba el viejo sentido catalanista de que un contexto «imperial» era la realización de la verdadera configuración peninsular en su sentido geográfico, hacer efectiva la Hispania con Portugal y construir un Estado Nuevo, más auténtico por su representatividad nacional, superados de la ficción legal unitaria del liberalismo*

decimonónico. Era la creación de la suma de las partes, con un consecuente despertar de energías y la configuración de un mercado interno (internacional) y externo (también internacional) que llevaría al reconocimiento de lo español, en conjunto, como de primer rango en la producción cultural del mundo. Esto era el contenido del proyecto Combó, al que se había sumado Giménez Caballero. Era, asimismo, el sentido de la «civilización imperial» de la inagotable prédica de D'Ors.

Claro que Ledesma le dio un giro al argumento que, hasta unas semanas antes, había estado dispuesto a seguir. En el enfoque catalanista, el énfasis siempre estaba en las partes, camino para la producción del todo triunfal. Ledesma, con un criterio españolista bastante sencillo y muy lógico con su bagaje tanto intelectual como humano (era inmigrante zamorano a Madrid), planteó saltar etapas y llegar al resultado final, lo que además favorecía un enfoque revolucionario y por tanto apresurado del devenir de la política y tenía la bendición de ser congruente con el hegelianismo aplicado.

El problema de fondo de Ledesma era el hecho de que sus aliados soñados estaban —de hecho, aunque no doctrinalmente— comprometidos con el macianismo y su especial proclamación de la República federal o confederal y su «Estado Catalán». Los grupos anarquistas que aceptaban el liderazgo de «Los Solidarios» (luego denominados sencillamente «Nosotros») —Durruti, Ascaso y García Oliver— en una alianza con los «técnicos» militares encabezados por Ramón Franco, ahora flamante director general de Aeronáutica en el Ministerio de la Guerra y diputado por la Esquerra, pretendían forzar una dirección revolucionaria a la nueva República, deshaciéndose de los elementos relativamente conservadores del Gobierno provisional, en especial Alcalá-Zamora y Miguel Maura. Su esperanza máxima, a la que se dedicó Franco con entusiasmo, fue mantener el proyecto revolucionario republicano de simultanear un alzamiento portugués con el cambio español. Para ello, su propósito era «legislar desde la calle», mediante la presión manifestada en ella, antes de la convocatoria de las elecciones al parlamento constituyente, a las cuales los ácratas, por razones doctrinales, no creían necesario, ni deseable, presentarse. [184] No era una idea tan descabellada, ya que el 14 de abril — que trajo el cambio de régimen— no fue la fiesta espontánea que se suponía, sino un calculado desafío, liderado por el sector más izquierdista de la gran alianza republicana, de forzar las cosas: el Gobierno Aznar prefirió no limpiar las calles a tiros y el rey se retiró, corno explicitó su bando de despedida, para que no corriera la sangre. [185] De ahí, por lo tanto, la quema de los conventos, entre Madrid y Andalucía, de los días 10 a 12 de mayo, coordinado —con el apoyo indiscutible de Ramón Franco, que autorizó el reparto de queroseno de Cuatro Caminos—, para forzar de nuevo la mano gubernamental, ahora ya republicana, y que dio el fruto de concesiones como la cámara única de las Cortes. [186] Las algaradas destructivas sirvieron como último intento de forzar una dinámica a la vez asamblearia y federalista desde la calle, antes de que las fórmulas parlamentarias alejasen la dirección política y la definición de las instituciones de la presión del sector insurreccionalista del anarcosindicalismo. [187] Su efecto más sólido, no obstante, fue la radicalización de la postura católica, lógicamente escandalizada por la pasividad de la fuerza pública, políticamente maniatada ante la evidente provocación. *Aunque disimulara, la posición de Ledesma y su grupo era insostenible. En consecuencia, apuntó cada vez más al anticatalanismo.*

Establecida la corriente de Ledesma alrededor de *La Conquista del Estado*, el incipiente medio galleguista ofreció una importante cantera, la figura más destacada de la cual fue Santiago Montero Díaz, en la Universidad compostelana, quien, de participar en el proceso estatutario gallego, se enfadó tras un enfrentamiento con los nacionalistas por la cuestión de la primacía de qué idioma en el futuro sistema autonómico, y se abocó hacia el comunismo, paso marcado con una obra, *Los separatismos, que defendía los argumentos más o menos macianistas sobre la separación como medio político idóneo para realizar una superior reunión posterior*. En realidad, estaba en tránsito ideológico. [188] Tras un sostenido diálogo con Ledesma (señalado por otra obra suya, *Fascismo*), Montero acabó por sumarse a una postura nacionalrevolucionaria española que, mediante una dura y trabajada conversión, concordó con las tesis «imperialistas» de Ledesma. [189]

*El componente no sólo gallego, sino galleguista, del ulterior «jonsismo» y, más adelante, de Falange, fue un respaldo constante para la reflexión sobre el «imperio» español a edificar, como superación del «nacionalismo romántico» cuya mejor —aunque errónea— expresión, se alegaba, eran los sentimientos de apego regional y las ideologías resultantes (según un famoso escrito de José Antonio Primo que quiso resumir la doctrina falangista en este tema). El «imperio» falangista, muy al contrario del chabacano nacionalismo españolista, debía ser alzado con un respeto insistente por «los hombres y las tierras de España», es decir, por su diversidad regional, casi nacional, siempre supeditada al superior *Schicksalsgemeinschaft* o «comunidad de destino». [190]*

Vista la extensión de contagios catalanistas y el refuerzo de otras partes y experiencias regionalistas, *hay que subrayar que el único personaje destacado del conjunto falangista que se mantuvo impoluto de influencias catalanas fue Onésimo Redondo*, cuyo desinterés en los planteamientos procedentes de Barcelona iba parejo con una suspicacia propia de quien se había formado en el medio político castellano de Valladolid, casi activamente alérgico a cualquier insinuación del foco industrial del noroeste. [191] Ledesma, situado —aunque fuera con ánimo provocativo— en el medio vanguardista madrileño, tenía serios problemas de comunicación con Redondo, cuyo fondo era intensamente católico, casi integrista y que, por esta vía tan primitiva, sintonizó con el nazismo mediante pulsiones antisemitas. Redondo, que ha sido caracterizado como un «nacionalista castellano» inconsciente, tenía una preocupación morbosa por el hipotético separatismo, ya lo percibiera en función de una peligrosa relación especial entre Portugal y Galicia (su famosa denuncia del nacionalsindicalista luso Rolão Preto) o por culpa de las más habituales amenazas catalanas. [192] Por ello, *cabe la interpretación de que Ledesma, una vez metido en su campaña de agitación contra el macianismo en Barcelona y recibiendo apoyos en su empeño por parte de los españolistas bilbaínos (como el joven José María Areilza, hijo del tan querido doctor), utilizara su anticatalanismo en alza como un medio para ganarse el apoyo de un provinciano y ultracatólico Redondo, cuyas preocupaciones distaban mucho de las suyas*. [193] Aunque fuera por adopción, Ledesma fue un intelectual urbano, cuyas teorías aspiraban a desafiar a los «izquierdistas de boquilla» de la «Cacharrería» del Ateneo madrileño y convencer al proletariado anarcosindicalista de Barcelona, que quiso dejar muy atrás su pasado de inmigrante zamorano a la capital estatal. Le debió de resultar difícil encontrar un terreno ideológico común con el núcleo vallisoletano y, en este sentido, la causa antiseparatista vino que ni pintada.

La ductilidad de la noción de «imperio» era muy parecida al juego que daba de sí el concepto «nacionalsindicalista» y al permanente equívoco que permitía a los anarcosindicalistas: ¿si se podía hablar con Pestaña o con Abad de Santillán, no sería posible captarlos para la causa nacionalrevolucionaria común. [194] Era el mismo sueño que abrigaban muchos ultranacionalistas catalanes respecto a la CNT. [195] El gran malabarista de la frontera con el anarcosindicalismo fue Ledesma, ya que un «señorito» como Primo tenía pocas posibilidades de diálogo genuino. Ledesma buscó esta confusión casi desde el primer momento, con su llamamiento a Ramón Franco en los primeros meses de la República, cuando éste era aliado de los grupos anarquistas, pero también en sus más sonadas apariciones públicas, como en su conferencia en el Ateneo de Madrid en 1932 con su impactante camisa negra y corbata roja. [196] Dicho de otra manera, *Ledesma quiso hacer ideológicamente suya a Cataluña, pero a partir de la que era «revolucionaria» y sindicalista, para imponerse a la nacionalista*.

Giménez salió de Falange al tiempo que Ledesma, después de haber defendido la variedad regional o pluralismo histórico de España como argumento contra el mando único en el primer Consejo nacional de jefes de Falange en octubre de 1934. Primo de Rivera se salió con la suya, y por añadidura dio forma definitiva a los puntos programáticos del partido, incluyendo la definición de la «unidad de destino» y la «voluntad de imperio». Llegada la ruptura a principios del año siguiente, se remarcó la diferencia entre uno y otro; mientras todos estaban de acuerdo en que la salida de Ledesma fue ideológica y política, malas lenguas aseguraban que Giménez había cobrado un precio más elevado al normal por

publicar el órgano falangista. [197] La siguiente tentativa política gimeneciana sería como jefe de un partido empresarial, contando con el negocio familiar y al abrigo, siempre seguro, de March.

Notas:

177. E. Giménez Caballero, *Trabalenguas...*, *op. cit.*, cap. VIII; E. Giménez Caballero, *Genio de España*, Madrid, La Gaceta Literaria, 1932 (2 ed.); E. Giménez Caballero, *La nueva Catolicidad...*, *op. cit.*

178. En general, las biografías partidarias de Ledesma no entran a analizar su relación específica con el catalanismo: *Ramiro Ledesma fundador las J.O.N.S.*, Madrid, Vicesecretaría de Educación Popular, 1941 (con un capítulo «En busca de lo nacional»); E. Aguado, *Ramiro Ledesma en la crisis de España*, Madrid, Editora Nacional, 1942; T. Borrás, *Ramiro Ledesma Ramos*, Madrid, Editora Nacional, 1971; J. M. Sánchez Diana, *Ramiro Ledesma Ramos. Biografía política*, Madrid, Editora Nacional, 1975; J. Cuadrado Costa, *Ramiro Ledesma Ramos, un romanticismo de acero*, Madrid, Barbarroja, 1990.

179. J. Aparicio, *Aniversario de La Conquista del Estado*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1951; J. C. Mainer, «Literatura y fascismo: la obra de Guillén Salaya», en J. C. Mainer, *La Corona hecha trizas...*, *op. cit.* pp. 69-100.

180. J. Aparicio, «Prólogo», p. xii, en J. Aparicio, *La Conquista del Estado. Antología*, Barcelona, Ediciones Fe, 1939.

181. Texto ilustrado, *La Conquista del Estado*, núm. 8, 2 mayo 1931, p. 6.

182. E. Ucelay-Da Cal, «Moderni sogni girondini: italiani, portoghesi e catalani nella rivoluzione repubblicana spagnola (1923-1938)», *Quaderni del Circolo Rosselli*, número monográfico (A. Landuyt, ed.), *Carlos Rosselli e gli Italiani nella Catalogna antifascista*, 2, 1996, pp. 67-86.

183. R. Ledesma Ramos, «Carta al comandante Franco. ¡Hay que hacer la Revolución!», *La Conquista del Estado*, núm. 9, 9 mayo 1931, p. 1.

184. E. Ucelay-Da Cal, «Moderni sogni girondini...», *op. cit.*; E. Ucelay-Da Cal y S. Tavera, «Una revolución dentro de otra: la lógica insurreccional en la política española, 1924-1934», *Ayer*. Monográfico: *Violencia y política en España* [Editor: J. Arostegui], núm. 13, 1994, pp. 115-146; E. Ucelay-Da Cal, «Buscando el levantamiento plebiscitario: insurreccionalismo y elecciones», *Ayer*. Monográfico: *Política en la Segunda República* [Editor: S. Juliá], núm. 20, 1995, pp. 49-80; J. A. Balbontín, *La España de mi experiencia*, México D.F., Aquelarre, 1952, pp. 233-235.

185. M. Requena, «L'acció insurreccional a les províncies de Castella-La Mancha», *L'Avenç*, núm. 196, Octubre 1995, pp. 12-17.

186. Giovanni Bassanesi, *Quand Ramón Franco voulait tuer Mussolini*, Niza, Éditions Paix, Justice, Liberté, julio 1937, reproducido y traducido del francés al italiano en F. Fucci, *Ali contro Mussolini. I raid aeri antifascisti degli anni trenta*, Milán, Mursia, 1978, pp. 201-219 (véase p. 212 para la explicitación). La importancia de la fuente viene del hecho de ser un testimonio de izquierdas, escrito como denuncia contra un Ramón Franco devenido franquista.

187. J. R. Montero, *La CEDA. El catolicismo social y político en la II República*, Madrid, Revista del Trabajo, 1977, 2 vols.; también R. A. H. Richardson, *The Origins of Franco Spain. The Right, the Republic and the Revolution (1931-1936)*; Pittsburgh (Penn.), University of Pittsburgh Press, 1970. Se refleja la tesis socialista de la «culpa» de una CEDA «fascista» en P. Preston, *La destrucción de la democracia en España. Reacción, reforma y revolución en la Segunda República*, Madrid, Turner, 1978. La famosa justificación: J. M. Gil-Robles, *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 1968; para la presión monárquica sobre la CEDA: J. Cortes Cavanillas, *Gil Robles ¿Monárquico? Misterios de una política*, Madrid, San Martín, 1935; también J. Gutiérrez-Ravé, *Gil Robles, caudillo frustrado*, Madrid, Prensa Española, 1967.

188. S. Montero Díaz, *Los separatismos*, Valencia, Cuadernos de Cultura (XXXIX), 1931. Para su rol en la preparación del Estatuto de autonomía gallego: B. Cores Trasmonte, *El Estatuto de Galicia (actas y documentos)*, La Coruña, Librigal, 1976. Véase, en general, para Montero y otros: E. Norling, *Las JONS revolucionarias. Compañeros de Ramiro Ledesma: los otros jonsistas. Semblanzas y textos*, Barcelona, Nueva República Ediciones, 2002.
189. La aproximación a Ledesma en S. Montero Díaz, *Fascismo*, Valencia, Cuadernos de Cultura (LIII), 1932; primeros contactos: S. Montero Díaz, «Una carta a “La Conquista del Estado”», *La Conquista del Estado*, I, núm. 16, 27 junio 1931, p. 4. La valoración monteriana de Ledesma en S. Montero Díaz, «Estudio preliminar», en R. Ledesma Ramos, *La filosofía, disciplina imperial* [1941], Madrid, Tecnos, 1983, pp. xxx-xxxii. Este mismo texto biográfico también apareció como: S. Montero Díaz, *Ramiro Ledesma Ramos*, Madrid, Imp. José Ruiz Alonso, 1962.
190. J. A. Primo de Rivera, «Patria. La gaita y la lira» (*F.E.*, núm. 2, 11 enero 1934), en A. del Río Cisneros (ed.), *Textos de Doctrina Política: J. A. Primo de Rivera, Obras Completas (edición cronológica)*, Madrid, FET y de las JONS, 1959, pp. 111-112.
191. *Onésimo Redondo. Caudillo de Castilla*, Valladolid, Ediciones Libertad, 1937; J. L. Mínguez Goyanes, *Onésimo Redondo, 1905-1936. Precursor sindicalista*, Madrid, Ed. San Martín, 1990; *Onésimo Redondo. Biografía y escritos (I)*, Oviedo, Tarfe, 1994; también, en general: R. M. Martín de la Guardia, *Información y propaganda en la Prensa del Movimiento: Libertad de Valladolid, 1931-1979*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1994; para la obra: O. Redondo, *Obras completas*, Madrid, Dirección General de Información, 1954, 2 vols.
192. A. Costa Pinto, *Os Camisas Azuis. Ideologia, Elites e Movimentos Fascistas em Portugal, 1914-1945*, Lisboa, Estampa, 1994, pp. 138-143.
193. J. M. de Areilza, *Así los he visto...*, *op. cit.*
194. D. Abad de Santillán, *Memorias, 1897-1936*, Barcelona, Planeta, 1977, pp. 217, 220, 273-274, también A. M. de Lera, *Ángel Pestaña, retrato de un anarquista*, Barcelona, Argos, 1975, pp. 309-311. Por el otro lado: Guillén Salaya, *Anecdotario de las J.O.N-S. Historia y anécdota de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista*, San Sebastián, Yugo y Flechas, 1938, cap. X.
195. Véase el relato —más o menos fiable— de una entrevista entre Jaume Compré, figura preeminente de Estat Catalá Partit Proletari (luego Partit Català Proletari), y Juan García Oliver por un periodista lerrouxista, Leopoldo Martínez Puig, *Los traidores a la C.N.T. Historia de las luchas sociales*, Barcelona, Solidaridad Nacional, [1951], p. 15.
196. E. Giménez Caballero, *Camisa azul y boina colorada*, Madrid, Imp. E. Giménez, 1940.
197. E. Selva, *Ernesto Giménez Caballero...*, *op. cit.*, pp. 258-259.

[Texto extraído del libro *El imperialismo catalán. Prat de la Riva, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*. Edhasa, Barcelona, 2003, 1097 p. (En el Supcapítulo 21 del Capítulo VI. Conclusión, p. 842 – 846)].

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 80